

TOCQUEVILLE: SOBRE EL CONSENSO, LA POLARIZACIÓN Y LA RADICALIZACIÓN*

*Eugenio Kvaternik***

Resumen: Reconocido como el pensador del consenso liberal y democrático, Tocqueville también ofrece importantes aportes sobre la polarización y la radicalización. Mientras la primera distribuye las opiniones políticas en derecha, centro e izquierda, con poco o ningún uso de la fuerza por parte de los actores, la segunda da lugar a una lógica amigo-enemigo y a comportamientos caracterizados por la ilegalidad y la violencia.

Abstract: Reknown as the foremost thinker on liberal and democratic consensus, Tocqueville also made important contributions to the understanding of a polarized and radical politics. While polarization indicates a distribution of political views in right, center and left, with little or no use of force by the protagonists, radicalization leads to a friend/foe logic and to behavior marked by lawlessness and violence.

* Este artículo tuvo el apoyo de un subsidio del programa de investigación de la Universidad Católica Argentina en el año 2005. Se trata del segundo capítulo de mi libro *La radicalización argentina* de próxima aparición. Debo agradecer además al DAAD del gobierno alemán y a la Universidad de Buenos Aires, que a través de un programa conjunto posibilitaron repetidas estadías en el Iberoamerikanisches Institut y en la Freie Universität de Berlin, que me permitieron escribir este artículo y el proyecto global del que forma parte. Agradezco también al Dr. Gerhard Göheler del Instituto Otto Suhr y al Dr. Peter Birle del Iberoamerikanisches Institut, respectivamente, por sus invitaciones. Finalmente agradezco a Alejandra Salinas, quien hizo una revisión editorial impecable y me permitió pulir algunas ideas a partir de sus comentarios.

** Licenciado en Ciencia Política. Profesor Titular de Sociología Política (UBA). Profesor Titular del Departamento de Economía y Ciencias Sociales (ESEADE). Email: eugenk1942@gmail.com

Introducción

Una forma de definir un concepto es definirlo por su opuesto, ya sea su contrario o su contradictorio. Llamamos a estas definiciones, definiciones *a contrario* o por contraste. ¿Qué es lo blanco? Lo opuesto de lo negro. ¿Qué es lo lindo? Lo contrario de lo feo. Si de acuerdo a una definición el consenso “es un compartir que de algún modo vincula” (Sartori 1988:122), su opuesto es un atributo o propiedad que de algún modo separa.¹ Esta separación o clivaje puede traducirse a través de la metáfora de la distancia, en cuyo caso la separación se entiende como una polarización, o bien en términos de intensidad, en cuyo caso el clivaje genera un escenario de radicalización.

En sus reflexiones sobre el consenso y los clivajes Tocqueville recapitula los avatares históricos y las culturas políticas de dos tipos de naciones: la nación norteamericana y las naciones europeas. Siguiendo casi al pie de la letra las intuiciones de Tocqueville, Louis Hartz (1964, 1991) ha desarrollado una explicación *a contrario* de la historia de los Estados Unidos como sociedad del *consenso liberal* opuesta a las naciones europeas, sociedades de clivajes o *conflictos*. Hartz sostiene que, poblados por colonos que escaparon de la opresión feudal y clerical del Viejo Mundo, es decir de la matriz corporativa, los Estados Unidos conforman una comunidad política donde impera el consenso en torno a valores individualistas.

Dado que no encuentra los clivajes que oponen a los europeos (la Iglesia contra el Estado, la aristocracia contra el campesinado, la burguesía contra la aristocracia, y a los proletarios contra los burgueses) el desarrollo político de la democracia en América asume otro cariz. Según Hartz, la historia de los Estados Unidos se despliega conforme a un esquema de superación sin dialéctica. Al no haber una tesis, la superación de las contradicciones se alcanza soslayando la antítesis. Al emanciparse y no existir el primero de estos clivajes –la aristocracia y la iglesia establecida– la ausencia de tesis anula la emergencia del otro, es decir de la antítesis.

Como en una versión invertida de la ley trotskista del desarrollo combinado, América salta la etapa feudal de la historia”, pues “al abandonar al primer antagonista, deja atrás a todos los futuros antagonistas, que inspira

el primero (...) el socialismo se extingue en América, porque el feudalismo quedo atrás... Marx muere porque no hay sentido de clase, no hay espíritu revolucionario, no hay nostalgia del pasado corporativo (Hartz, 1964:7).

El contraste entre el viejo y nuevo continente estriba en que “América representa el mecanismo liberal de Europa funcionando sin los antagonismos sociales europeos”. Cuando en el segundo cuarto del siglo XIX “los Whigs ingleses y los liberales franceses combaten el orden aristocrático en Europa, se convierten en héroes liberales, agrupando detrás de sí a los trabajadores y pequeños propietarios de Inglaterra y Francia. Cuando, por otro lado, insisten en excluir a sus partidarios del voto a los trabajadores del *Reform Act* y a los trabajadores y pequeños burgueses de la Carta de Julio, se convierten en héroes conservadores, agrupando detrás suyo a las ‘instituciones existentes’, que antes habían combatido” (Hartz,1964:7).

Hartz anticipa el proceso que Duverger bautizó con el nombre de *sinistrismo*, según el cual el partido de izquierda en un clivaje previo, se convierte en un partido de centro en el clivaje posterior (Duverger, 1976:326). Siguiendo este proceso, los liberales europeos que son la izquierda del clivaje entre la burguesía y la aristocracia, se convierten en el centro del nuevo clivaje que opone a propietarios y no propietarios, a burgueses y proletarios. En América, en cambio, “no hay aristocracias para combatir y los Federalistas y los Whigs carecen de la oportunidad de dominar al pueblo lanzando una campaña en su contra. Aquí no hay aristocracias con las cuales aliarse, y no pueden usar su ayuda para excluir al pueblo del poder político” (Hartz, 1964:92-93).²

Mientras Europa ofrece la matriz de un liberalismo entretendido con los conflictos sociales, con las clásicas distinciones entre la izquierda, la derecha, y el centro, el liberalismo americano supera sin necesidad de negar, y da origen a un consenso en el que no hay lugar para estas distinciones. Como lo afirmó en 1906 el socialista G. H. Wells respecto del bipartidismo norteamericano: “no es difícil mostrar que los dos grandes partidos políticos en los Estados Unidos representan un solo partido inglés, el partido Liberal de clase media (...) todos los norteamericanos son, desde el punto de vista inglés, liberales de uno o de otro tipo” (en Lipset, 1977:52).

Si Europa es la cuna del *sinistrismo*, los Estados Unidos son su tumba y también la cuna de su contrario: el consenso liberal. Ambos continentes difieren en lo que Tocqueville denominó el *punto de partida*: “la gran ventaja de los americanos es la de haber llegado a la democracia sin haber tenido que sufrir revoluciones democráticas, y de haber nacido iguales en lugar de llegar a serlo” (*La Démocratie en Amérique*, en adelante *DA*, II:108).

Es decir, que al no haber conocido la desigualdad, no tuvieron necesidad de hacer una revolución para combatirla. Hartz argumenta que un extremo genera un extremo contrario: la tesis genera su antítesis. Y viceversa, al no haber tesis tampoco hay antítesis. De este modo al carecer los Estados Unidos de un pasado feudal y de aristocracia,³ tampoco hay socialismo; si no surge un extremo, el feudalismo, tampoco surge el otro: el socialismo radical.

La visión de Hartz es un claro reflejo de *La Démocratie en Amérique*. La idea del *fragmento* que se desprende de la madre patria y se despliega en América sin los conflictos originarios está presente según Tocqueville en la singularidad del punto de partida americano:

Las pasiones religiosas y políticas que desgarraban el Imperio británico durante todo el reino de Carlos I, empujaron cada año, a las costas de América, nuevos enjambres de sectarios. En Inglaterra el hogar del puritanismo se encontraba situado en las clases medias y del seno de las clases medias salía la mayoría de los inmigrantes.

La población de Nueva Inglaterra crecía rápidamente, y mientras que la jerarquía de los rangos clasificaba despóticamente a los hombres en la madre patria, la colonia presentaba de más en más el espectáculo nuevo de una sociedad homogénea en todas sus partes. La democracia, de un modo que no se había atrevido a sonarla la antigüedad, se escapaba muy fuerte y bien armada de la vieja sociedad feudal (*DA*, I:34).

Con posterioridad para Tocqueville, como se desprende de su correspondencia y de los *Souvenirs*, la diferencia entre Francia y los Estados Unidos no es tanto el carácter revolucionario del punto de partida de uno y la ausencia de revolución del otro, sino más bien la persistencia en Francia del espíritu

revolucionario: “una gran revolución puede fundar la libertad en un país, varias revoluciones que se suceden hacen imposible por un largo tiempo una libertad regular” (*Souvenirs*, 764).

Los Estados Unidos poseen una libertad regular, es decir un régimen estable, mientras Francia está corroída por la inestabilidad endémica. En Francia “la monarquía constitucional había sucedido al Antiguo Régimen; la República, a la Monarquía; a la República, el Imperio; al Imperio, la Restauración; posteriormente había venido la monarquía de Julio. Después de estas mutaciones sucesivas, se había dicho que la Revolución francesa, habiendo acabado lo que presuntuosamente se denominaba su obra, estaba terminada: se había dicho, y se había creído. Ay! Yo mismo lo había esperado bajo la Restauración, y todavía cuando el gobierno de la Restauración había caído; y he aquí la Revolución francesa que recomienza, pues es siempre la misma” (*ibidem*).

En su reflexión sobre los avatares de la libertad francesa a través de la sucesión de los regímenes, Tocqueville presenta un fresco donde se conjugan dos visiones sobre los ciclos de las formas de gobierno: la de Aristóteles y la de Platón. Del primero, Tocqueville retoma el argumento de que a cada forma buena sucede una corrupta. A la monarquía constitucional fundadora de la libertad sucede la corrupción del terror jacobino y el despotismo de Napoleón; a la Restauración y a las esperanzas de la monarquía burguesa, sucede la corrupción de los últimos años del régimen de Luis Felipe. A la república de notables surgida luego de la derrota del socialismo en las jornadas de junio de 1848 –la más afín junto con la monarquía constitucional al espíritu y al pensamiento de Tocqueville– sucede el despotismo imperial de Napoleón III.

De Platón toma en vez la idea de que los regímenes mejores –la aristocracia y la monarquía– no forman parte de la sucesión histórica, sino que son regímenes ideales que están fuera de la historia. Para Tocqueville la constitución ideal no está fuera de la historia, pero sí está lejos en el pasado. La forma buena originaria, es decir, el régimen de la libertad aristocrática y las libertades locales, se sitúa de este modo lejos en el tiempo: entre la Edad Media y el surgimiento del absolutismo.

A pesar de su esperanza inicial en la regeneración de las instituciones de su país a través de las *mores*,⁴ su balance posterior es pesimista. Aristócrata y moralista como Platón, cree con éste que la historia que lo tiene como testigo y protagonista tiene un recorrido que va de lo malo a lo peor: del Antiguo Régimen y un estado social que no es más verdaderamente aristocrático y que, como lo señala Furet, todavía no es democrático (Furet y Ozouf, 1988 :1075), al despotismo de Napoleón III entendido como “una monarquía bastarda, despreciada por las clases esclarecidas, enemiga de la libertad y gobernada por intrigantes, aventureros y valets” (*Souvenirs*, 845).

Para nuestro autor, la *malaise* francesa de los regímenes –que para F. Mélonio más que sucederse se *engendran* (Mélonio, 1987:599)– tenía por origen el espíritu revolucionario, o para ser más exactos la mezcla del liberalismo con el espíritu revolucionario. Siguiendo los pasos del jansenista y doctrinario francés Royer-Collard, Tocqueville afirma que “debía distinguirse el espíritu liberal del espíritu revolucionario” es decir “el espíritu de aventura, de tiranía, de demagogia, que ha sido el espíritu revolucionario en todo el mundo” (*Correspondance*, X).

Esta distinción entre el liberalismo y el espíritu revolucionario, es decir entre los aspectos positivos de la revolución francesa, y sus excesos y manifestaciones negativas, es un patrimonio común de varios pensadores. Aparece reiteradamente antes de Tocqueville en la obra de Benjamín Constant⁵ y en Chateaubriand,⁶ pero es Tocqueville quien le da su mayor potencial analítico y conceptual.

Durante la monarquía burguesa de Luis Felipe, en el lapso comprendido entre la publicación de la segunda parte de *La Democracia en América* en 1840 y la revolución de 1848, Tocqueville creyó que Francia había logrado disociar finalmente la Revolución del espíritu revolucionario. Gracias a que la Revolución había entregado a los campesinos la propiedad feudal y eclesiástica, el surgimiento de esta clase de pequeños propietarios rurales había vacunado al país contra la tendencia “a violar las leyes y derrocar al gobierno” (*Écrits*, 100). Creía que adheridos a la vez por fuerza y por debilidad a la propiedad rural, y temerosos de perderla por las agitaciones políticas, este conservadorismo legalista los impulsaría a lo sumo

a actitudes opositoras y de *frondeurs*. La propia revolución con sus resultados había puesto fin al espíritu revolucionario.

La ilusión de que el liberalismo se había desprendido del espíritu revolucionario, recibió su mentís definitivo con el golpe de Estado de Napoleón III el 2 de diciembre de 1851, cuando “la nación cesando de ser republicana siguió siendo revolucionaria”.⁷ En *L’Ancien Regime et la Revolution* (en adelante *AR*) la impresión de Tocqueville es que, si bien la revolución de Febrero de 1848 provoca la caída de Luis Felipe y el fin de la monarquía de Julio, no es más que un episodio de la “Revolución Francesa que comienza y es siempre la misma” (*Souvenirs*, 801), apenas un “nuevo acto de la misma obra” (*Souvenirs*, 755). Salvo “algunos espectáculos de grandeza”, aletea en los acontecimientos un aire grotesco, pues los protagonistas parecen más “ocupados a jugar a la Revolución que a continuarla”. A pesar de que preveía “que el resultado de los acontecimientos sería terrible” sostiene que “nunca pude tomar en serio a los actores pues todo me parecía una mala tragedia interpretada por histriones de provincia” (*Souvenirs*, 789).

Este es el impacto que le producen los acontecimientos de Febrero, pero a la luz de lo que escribirá cuando los obreros de París se levanten en armas durante tres días en junio, debería haber dicho lo contrario, es decir, que a pesar de ser interpretada por histriones de provincia, la tragedia superaría a los protagonistas.

El desarrollo de los hechos posteriores lo enfrenta en cambio a la evidencia de que a partir de 1848, los acontecimientos irán más allá del simple cambio de régimen, del pasaje de la monarquía burguesa a la república, y de ésta al Tercer Imperio. El espíritu revolucionario que hasta ese momento había dado lugar a un solo retoño –el cambio de régimen– daría luz a un nuevo vástago: la polarización y la radicalización.

Tocqueville y la polarización

Raymond Aron escribió que los combates librados en Francia entre 1848 y 1859 se asemejan más a los combates políticos del siglo XX que a cualquier

otro episodio del siglo XIX (Aron, 1967:275). De acuerdo con este pensador francés, se puede observar en ese período “la lucha triangular entre lo que se denominan en el siglo veinte, los fascistas, los demócratas más o menos liberales y los socialistas, lucha que se ha observado por ejemplo entre 1920 y 1933 en la Alemania de Weimar. Ciertamente los socialistas franceses de 1848 no se parecen a los comunistas del siglo XX; los bonapartistas de 1850 no son ni los fascistas de Mussolini ni los nacionalsocialistas de Hitler. Pero no es menos cierto que este período de la historia política de la Francia del siglo XIX presenta ya los principales actores y las rivalidades típicas del siglo XX” (Aron, *ibídem*). Elaborando a partir de la cita de Aron, podemos decir que su reflexión nos ofrece un cuadro bastante sistemático de los fenómenos de polarización y radicalización propios de la política de masas.

La visión de Tocqueville del período que comienza con la revolución de 1848 y que derriba la monarquía burguesa de Luis Felipe y culmina en el golpe de estado de Napoleón III, se plasma en dos textos: los *Souvenirs* (sus recuerdos sobre la revolución de 1848) y *L’Ancien Régime et la Révolution*.

No es difícil ni arbitrario ubicar a Tocqueville en el centro del escenario político surcado por la polarización, y que tiene en uno de sus extremos al socialismo de los obreros parisinos y en el otro al bonapartismo. El socialismo habría de ser la amenaza latente –aún después de derrotado en las jornadas de junio de ese año– para “una sociedad que parecía volverse grande y próspera, a la par que libre; en la cual yo había concebido la idea de una libertad moderada, regular, contenida por las creencias, los hábitos y las leyes; los encantos de esta libertad me habían conmovido; ella se había vuelto la pasión de toda mi vida; y yo sentía que jamás me consolidaría de su pérdida y veía ahora que era necesario renunciar a ella” (*Souvenirs*, 800). Este escenario daría a Napoleón III la oportunidad y el pretexto para instaurar su despotismo aprovechándose del miedo burgués al socialismo.

Tanto el socialismo como el bonapartismo eran para Tocqueville frutos del mismo árbol: el espíritu revolucionario. La reflexión anticipa la convicción común de los demócratas del siglo XX de que los extremos –el fascismo y el comunismo– se tocan. Retoños del mismo árbol revolucionario, se trata de hermanos enemigos, y si bien el bonapartismo se ofrece como baluarte

del orden constituido –de la autoridad, de la moral y de la religión⁸– en contra del socialismo, se trata en verdad de un extremo: más que un baluarte que ampara, es un fuelle que reaviva las cenizas del extremo contrario. Tocqueville le advierte a su hermano:

¿No te das cuenta de que se trata de que esto es la revolución bajo otra forma, y que este gobierno es tan excesivo en su género mucho más de aquel al cual sucede; que establece un estado de cosas extremo que llama inexorablemente al extremo contrario, que todos sus procedimientos son revolucionarios, prestados de las peores épocas de la Revolución y que la sola diferencia es que son empleados en contra de nuestros enemigos, y no en contra de nosotros? (*Lettres choisies*, 1023).

Pero esta visión de la polarización, la de un moderado que observa cómo los extremos se realimentan, es el trazo final del bosquejo, una vez que el bonapartismo se ha instalado en el poder. En el primer momento y antes del levantamiento popular en junio de 1848, Tocqueville no constata (como lo hará en 1851) la polarización entre tres actores, sino la polarización entre dos de ellos, es decir entre “la sociedad escindida en dos: aquellos que no poseían nada unidos en una codicia común, y aquellos que poseían algo unidos en la angustia común; ya no había lazos, ya no había ninguna afinidad entre estas dos grandes clases” (*Souvenirs*, 829). Para Tocqueville la polarización se manifiesta de dos modos que difieren entre sí, tanto por su dinámica como por sus consecuencias.

A pesar de la angustia que lo invade antes del inicio del “combate de clases, una suerte de guerra servil” (*Souvenirs*, 862), y con el eco en sus oídos “del ruido del cañón y los disparos”, vuelve a reiterar su lamento al final de los tres días que dura el conflicto, ante el espectáculo de “la más terrible de todas las guerras civiles, la guerra de clase contra clase”.⁹ Pero a pesar de los contornos trágicos de los acontecimientos revolucionarios, tanto su visión previa como la que emite finalizado el conflicto, es optimista. Los obreros de París son una minoría que entra en colisión con la mayoría de la sociedad francesa. “La propiedad, para todos aquellos que gozaban

de ella se había convertido en una suerte de fraternidad. Los más ricos eran los hermanos mayores, y los menos ricos los hermanos menores; pero todos se consideraban como hermanos con el mismo interés en defender la herencia común. Puesto que la Revolución francesa había expandido la posesión de la tierra hasta el infinito, la población toda entera parecía formar parte de toda esta familia” (*Souvenirs*, 818-819). Del otro lado y a pesar de ser una minoría, los líderes revolucionarios “extraían la falsa consecuencia de que los obreros de París eran el pueblo francés” (*Souvenirs*, 843).

Mientras para los obreros y los líderes revolucionarios la república era sólo un medio y el socialismo el fin (*Souvenirs*, 809), Tocqueville enarbolaba una bandera que tenía a la República como fin y como medio, y convocaba a un combate en defensa del orden social en contra de sus enemigos apoyándose en la fuerza nueva que el principio republicano podía dar al gobierno “haciendo triunfar la voluntad evidente del pueblo francés sobre las pasiones y los deseos de los obreros de París, venciendo así la demagogia por medio de la democracia” (*Souvenirs*, 836). Los revolucionarios creyeron que al establecer el sufragio universal convocaban al pueblo en auxilio de la revolución, aunque le dieron únicamente el arma en contra de ella (*Souvenirs*, 828). En la jerga actual, diríamos que para nuestro autor la polarización entre estos dos actores consolida la democracia.¹⁰

En efecto, como en un verdadero *jeux de dupes*, en las elecciones a la asamblea constituyente, sobre 880 representantes aproximadamente 500 fueron republicanos moderados, 300 monárquicos y menos de 100 republicanos de izquierda, entre los cuales había muy pocos socialistas. La democracia por medio del sufragio universal sería el antídoto más eficaz contra el socialismo.

Interpretaciones

Un mismo hilo anuda *La Democracia en América* con *El Antiguo Régimen*: cómo encauzar en favor de la libertad la marcha irresistible de las sociedades modernas hacia la igualdad social. Tocqueville expresa esta inquietud en

una carta a uno de sus amigos: “la idea general que resume mi libro *–La Democracia en América–* es la de indicar a los hombres lo que deben hacer para evitar la tiranía y la decadencia mientras conservan la Democracia, la que aparecerá en todas las páginas del libro que estoy escribiendo en este momento [*El Antiguo Régimen*]”.¹¹

Sobre las vicisitudes de la libertad en la crisis del Antiguo Régimen, que desemboca en la Revolución Francesa, el pensamiento de Tocqueville ha recibido tres interpretaciones que son en parte opuestas y en parte complementarias. Son las de Émile Faguet, Richard Herr y Jean Claude Lamberti. Faguet resume el argumento de Tocqueville de este modo: “Antes de la Revolución Francia tenía tres gobiernos: (1) el central –el rey y su consejo, dirigiendo a Francia a través de ministros y comisarios, administrando el país hasta el último detalle, regulándolo, haciéndolo servir y pagar– en resumen, un gobierno moderno, centralizador, absorbente y que somete todo a su órbita;¹² (2) un gobierno feudal, que se hace sentir con mayor o menor fuerza aquí y allí, imponiendo la esclavitud local, impuestos y otras obligaciones –chicanas y humillaciones más que sometimiento–, no muy fuerte pero molesto, complicado e irritante;¹³ (3) instituciones provinciales libres¹⁴ que sobreviven en algunos lugares, pero con vigencia común sólo en la Bretaña y el Languedoc. (...) El primero era sin dudas el más fuerte de los tres (...) y la Revolución no hizo más que esto: de los tres gobiernos, de los cuales sólo uno era opresivo, destruyó los otros dos que no lo eran” (Faguet, 1970:93).

Por su parte Richard Herr distingue en su texto sobre el Antiguo Régimen tres niveles. En el primero, que llama el de las olas que se mueven en la superficie, consiste en la descripción del gobierno y la sociedad del antiguo régimen, y tienen como eje los conocidos temas de la centralización monárquica y su consecuencia, la decadencia de la aristocracia. Pero debajo de las olas, dice Herr, está el flujo y el reflujo, el ascenso y la bajada de las mareas. Estos flujos y reflujos son los que oponen a la sociedad aristocrática, es decir una sociedad de privilegios y desigualdades sancionados por la ley, al avance irresistible de la democracia, es decir de la igualdad: igualdad frente a la ley e igualdad de oportunidades (1962:35-55).

La revolución destruyó la aristocracia y logró la democracia. El tercer nivel, dice Herr, es el nivel de las corrientes profundas, el de las relaciones entre las clases. Es el momento en que Tocqueville diagnostica la causa de la crisis del antiguo régimen. Por un lado, estas clases, es decir “todos los hombres ubicados por encima del pueblo se parecían; tenían las mismas ideas, los mismos hábitos, poseían los mismos gustos, se libraban a los mismos placeres, leían los mismos libros, hablaban el mismo lenguaje. Sólo diferían entre sí por sus derechos” (AR I, 146).

Tocqueville encuentra el origen histórico de esta separación en el momento en que surge la desigualdad impositiva, es decir cuando la nación francesa “permitió a los reyes de establecer un impuesto sin su concurso, y donde la nobleza tuvo la cobardía de dejar que se pusiese un impuesto al tercer estado, siempre que ella quedase exceptuada: desde ese día se sembró el germen de todos los vicios y casi todos los abusos que afectaron al antiguo régimen el resto de su vida, y que terminaron por causar su muerte violenta”. A partir de ese momento “cada año la desigualdad impositiva, separa así las clases y aísla a los hombres más de lo que habían estado ya aislados hasta entonces” (AR I, 161).¹⁵

En el título del capítulo X del libro II estaría así el núcleo de la radiografía de Tocqueville sobre la crisis del Antiguo Régimen: *Cómo la destrucción de la libertad política y la separación de las clases causaron casi todos los males de los que pereció el antiguo régimen*. Según Herr, en el nivel de las corrientes uno debería leer “*Cómo la destrucción de la libertad política y las barreras erectas entre las clases impidieron que bajo la democracia Francia fuese una sociedad libre*” (Herr, 1962: 55).

La lectura de Lamberti (1983:238-43), en cambio, tiene como telón de fondo lo que Tocqueville denomina el *individualismo* colectivo que se desarrolla bajo el Antiguo Régimen *antes* de la Revolución.¹⁶ Mientras para Herr la corriente profunda en el análisis de Tocqueville está en el capítulo diez, que finaliza con el odio entre las clases, para Lamberti las corrientes profundas parecen emerger en el capítulo IX del libro segundo que tiene como núcleo el tema del individualismo. Estas corrientes se manifiestan en la división de la sociedad francesa en mil pequeños grupos que no pensaban

más que en sí mismos: “Se trataba, si me puedo expresar así, de una suerte de individualismo colectivo que preparaba las almas al verdadero individualismo que hoy conocemos” (AR I, 158).

Las interpretaciones de Herr y Lamberti se oponen y se complementan a la vez. Ambas reconocen en Tocqueville la misma melodía pero la interpretan con un ritmo propio. Para Herr la corriente profunda, el odio entre las clases, culmina en el individualismo colectivo (Herr, 166). Tocqueville parece abonar esta interpretación cuando sostiene que “la división entre las clases fue el crimen de la antigua monarquía”. Para Lamberti, en cambio, el individualismo colectivo, es decir la separación entre los grupos, culmina en el odio entre las clases, de modo que el individualismo constituye en palabras de Tocqueville el mal que “de todas las enfermedades que atacaron la constitución del antiguo régimen y lo condenaron a perecer (...) fue la más mortal” (AR I, 159). Como vemos, el énfasis en los adjetivos abona tanto una u otra interpretación.

El individualismo *tout court* o su variante, el individualismo *colectivo* expresan lo que la literatura moderna denomina problemas de acción colectiva, es decir las dificultades de individuos y grupos en romper la aporía del juego del prisionero y cooperar en aras de intereses comunes.¹⁷ Sea pues, que se trate de individuos aislados, o de clases o grupos también aislados y enfrentados entre sí, unos y otros son incapaces de cooperar; en ambos casos estamos ante falencias de cooperación o de acción colectiva.

En la conclusión, Tocqueville resume esta incapacidad para la acción colectiva que llevó a la ruina al antiguo régimen y nos dice que cuando “llegó la Revolución se habría buscado en vano en la mayor parte de Francia diez hombres que tuviesen la costumbre de actuar en común de manera regular” (AR I, 246). También podía haber escrito que cuando llegó la revolución no había en Francia diez grupos que pudiesen actuar en común.

De modo tal que las interpretaciones de Herr y de Lamberti, vistas desde el prisma tocquevilliano de la acción colectiva, difieren en sus énfasis, pero no en su sustancia.

La acción colectiva y las clases sociales

Para el autor francés “solamente las clases deben ocupar la historia” (AR I, 179). Si uno no supiera quién escribió esta frase, la aseveración resuena como el eco de uno de los truisms sociológicos propios de la década del sesenta.

Como ocurre también con la noción central de su esquema conceptual, la noción de democracia, la definición de las clases de Tocqueville es bastante vaga, pues connota actores y acepciones diferentes. Alternativamente las clases prenden el significado de una elite o grupo gobernante caracterizado por la cohesión, organización y flexibilidad de sus miembros (AR I, 179) tal como lo entienden posteriormente los teóricos elitistas como Gaetano Mosca. Este uso del término se hace presente en su análisis siempre elogioso de la aristocracia inglesa. En otras ocasiones las clases son el término para designar la sociedad de órdenes del antiguo régimen y dos de sus estamentos: el tercer estado y la nobleza. En otras circunstancias “usa este concepto con una ambigüedad perpetua: el concepto de clase se refiere unas veces a la sociedad de ordenes del Antiguo Régimen y otras veces, según una combinación del derecho-privilegio legal del antiguo régimen y un criterio por otra parte muy vago de riqueza y dignidad social, que engloba a la burguesía acomodada dentro de las clases superiores” (Furet, 1978:234). Volveré seguidamente con más atención sobre este aspecto.

Por último, las clases son los actores de los albores de la sociedad industrial moderna. En los *Souvenirs*, presenta sus recuerdos como testigo y protagonista en la revolución de 1848: “no hubo una lucha política (en el sentido que nosotros habíamos dado a ese término hasta ese momento) sino de un combate de clases, de una guerra servil” (p.806); del enfrentamiento violento entre los obreros parisinos carentes de propiedad, y el resto de la sociedad francesa, campesinos, notables burgueses y aristócratas mancomunados en el gozo e interés de la propiedad en una suerte de fraternidad (p.776).

Propietarios y no propietarios, la propiedad o su carencia en sentido casi marxista es ahora el criterio que define la pertenencia a una u otra categoría y es causa a la vez del enfrentamiento de junio. Si bien todos los

comentaristas –desde Furet a Wolin– coinciden en que Tocqueville no es ajeno al miedo social que caracteriza al siglo XIX, lo cierto es que en Tocqueville los juicios del protagonista no siempre coinciden con los juicios del observador. Mientras el primero decidía presentar su candidatura a las elecciones a la asamblea constituyente para defender no “a determinado gobierno, sino a las leyes que rigen la sociedad” (*Souvenirs*, 775), el segundo dudaba o no dejaba de interrogarse expresando su escepticismo acerca del carácter supuestamente inmutable de dichas leyes dado que “en materia de constitución social, el campo de lo posible es bastante más vasto de lo que los hombres que viven en cada sociedad lo imaginan” (*Souvenirs*, 770).

Wolin indica que, a diferencia de Marx y su historia de clases antagónicas, en Tocqueville al principio había cooperación entre las clases y sólo posteriormente surgen el conflicto y la separación (Wolin, 2001:543). Si bien esto es cierto, el aspecto más interesante de su análisis sigue siendo el modo en que trata la separación y sus consecuencias, es decir, cuando analiza los grupos y clases sociales que estaban por encima del pueblo, iguales y semejantes en sus gustos, lecturas y hábitos, pero separados por sus derechos (AR 1, 146).

Su análisis anticipa las intuiciones de la sociología de los años ‘50 sobre el extremismo político, tal como es formulada en la hipótesis de la “incongruencia de status” de Lenski (1954:406-413) quien, siguiendo la distinción tripartita de Max Weber entre prestigio, poder, e ingresos, sostiene que las diferencias entre estos tres aspectos generan lo que él denomina *incongruencia de status*. Ésta surge de los conflictos y discrepancias entre quienes poseen el mismo nivel de ingresos o status económico, pero que ocupan posiciones diferentes en la escala de prestigio o, viceversa, entre quienes poseen un prestigio social similar, pero con diferentes niveles de ingreso según su actividad o profesión. Lenski sugiere que estas incongruencias son el factor catalizador de la radicalización política de uno u otro signo. Quienes son ricos pero no son socialmente reconocidos, o quienes tienen el reconocimiento social –apellido, títulos, tradición asociada a profesiones como la militar o la carrera burocrática– pero sufren un empobrecimiento económico: estos procesos se producen muchas veces como consecuencia

de cambios revolucionarios o guerras, que acaban con un orden social existente, y transforman en *declassés* a grupos sociales enteros.

Tocqueville observa que esta incongruencia provoca extremismo y radicalización política cuando “las diferentes clases que compartían la sociedad de la antigua Francia volvieron a ponerse en contacto, hace sesenta años, después de haber estado aisladas tanto tiempo por tantas barreras, ellas se pusieron en contacto a través de los rincones más dolorosos, y se reencontraron nada más que para despedazarse. Todavía en nuestros días sus celos y sus odios las sobreviven” (AR 1,169).¹⁸

El hecho de parecerse o ser casi iguales, en realidad los vuelve muy distintos en su identidad colectiva, y opuestos en sus comportamientos políticos. Como dice Faguet: “los franceses de 1789 estaban en contra de los nobles porque eran *casi* iguales a los nobles; es la pequeña diferencia la que puede ser apreciada, y lo que cuenta es lo que puede apreciarse. La clase media del siglo dieciocho, era rica, en condiciones de ocupar *casi* cualquier cargo, *casi* tan poderosa como la nobleza. Y ese *casi* era precisamente lo que la exasperaba” (Faguet, 1970:93).

Volvamos ahora al impacto que el conflicto de clases tiene en el surgimiento del despotismo. Nada nutre más al despotismo, nos dice Tocqueville en una nota del tomo II, que “los odios y los celos entre las clases”, siempre y cuando “estos odios y envidias sean un sentimiento amargo y tranquilo, que alcanza a impedir que los hombres se entiendan pero no lo bastante vivo para llevarlos a combatirse. No hay gobierno que no sucumba en el medio del choque violento entre las clases una vez que estas han comenzado a enfrentarse” (AR, II:114).¹⁹

A pesar de que estos apuntes resuenan como un recordatorio del conflicto de clases de los *Souvenirs*, el recuerdo de 1848, no alcanza empero para ser incluido en su aparato conceptual. Así es como nuestro autor no desarrolla la argumentación de los *Souvenirs* para explicar el despotismo de Napoleón III, sino que vuelve al esquema conceptual del ensayo de 1836, *État social y politique de la France avant et depuis 1789*.

No deja de ser curioso que Tocqueville haya buscado el origen del despotismo de Napoleón III en el pasado más lejano y no en el pasado más

reciente, contrariando así la actitud del historiador que entre dos causas, una lejana y una próxima, se inclina por la segunda. Pero Tocqueville no es en ese sentido un historiador profesional: “El principal mérito de un historiador es el de saber cómo concertar el tejido de los hechos, y yo no sé si esa capacidad está dentro de mi alcance. Hasta el momento he sido mejor juzgando los hechos que relatándolos”.²⁰

Wolin ha sugerido que Tocqueville nos obsequia una forma nueva de ver la realidad, en parte historia, en parte mito, con la teoría como elemento gobernante.²¹ El mito aparece en las dos modalidades en las cuales el pasado se enhebra con el presente. La primera modalidad aparece en la *Democracia en América*, donde Tocqueville había profetizado el futuro del Viejo Mundo, observando el Nuevo; la segunda modalidad está presente en el *Antiguo Régimen* cuando, en contraste con la primera, observa como en la administración centralizada del Viejo Mundo se corporiza ya el despotismo democrático moderno,²² o cuando sostiene que “entre todas las sociedades del mundo aquellas a las que más les costará evitar el gobierno absoluto, son aquellas en las que la aristocracia no existe o dejó de existir” (AR, 74). Tocqueville descubre de esta manera “un elemento democrático en las instituciones feudales” (Wolin, 2001:529,532). En la primera modalidad, el pasado está a remolque del futuro, el antiguo régimen es un arcaísmo que precede a la modernidad, el orden monárquico y estamental a la democracia; en la segunda modalidad, el presente es una prolongación del pasado. En la primera, el pasado y el presente constituyen opuestos dialécticos, en la segunda la dialéctica se ha disuelto en el mito.

Tanto en los *Souvenirs* como en su correspondencia, Tocqueville interpreta el bonapartismo como fruto de la polarización. En la carta a su hermano en cambio, el bonapartismo es el segundo retoño del espíritu revolucionario; el primero es el socialismo. Pero si los clivajes políticos de 1848 crepitan en su ánimo, no son incorporados en su aparato conceptual a la hora de analizar el despotismo de Napoleón III. En su libro sobre el Antiguo Régimen en cambio, el bonapartismo surge como un fruto de la polarización entre las clases, es decir de la ausencia de acción colectiva: “la división de clases fue el crimen de la antigua monarquía y devino más tarde su excusa; pues

cuando... la parte más esclarecida de la nación no puede comprometerse con las tareas de gobierno, la administración del país por sí mismo, se vuelve imposible y es necesario que intervenga un patrón” (AR 1, 166).

El pasado o el recuerdo reciente sucumbe frente al mito, es decir frente al pasado inmemorial.

Conclusiones

Si el espíritu revolucionario, es decir la fusión de la ilegalidad y la violencia, se manifiesta en el siglo pasado en el radicalismo de masas de bolcheviques y fascistas, la visión de Tocqueville nos anticipa el liberalismo del siglo XX. A su hermano le escribe que el socialismo y el bonapartismo son retoños del mismo árbol. La misma idea late en las visiones liberales posteriores, que soslayan las diferencias entre los totalitarismos comunistas y fascistas, y destacan el común denominador de su odio y desprecio por la democracia liberal.

Su observación sobre los extremos que se realimentan no debe confundirse con sus juicios sobre las consecuencias de la polarización. Inicialmente negativa y pesimista, pues la polarización desemboca en el despotismo o en el mejor de los casos hace imposible cualquier gobierno, su visión se modifica a propósito del conflicto que enfrenta a los obreros de París con el resto de la sociedad francesa. De lo cual concluye que la polarización puede tener efectos benéficos en aquellas ocasiones en las que el sufragio universal permite combatir a la demagogia con la democracia.

Decíamos que una sociedad polarizada da lugar a una distribución de las opiniones políticas en tres modos –la derecha, el centro y la izquierda– con poco o ningún recurso a la fuerza por parte de los protagonistas

La radicalización en cambio da lugar a una distribución dualista de las opiniones políticas, una lógica amigo/enemigo y la presencia de movimientos y/o comportamientos extremistas caracterizados por la ilegalidad y la violencia.

En Tocqueville, la primera surge cuando la mayoría de la sociedad francesa derrota a los obreros de París, mientras que la segunda se expresa a través

del espíritu revolucionario de bonapartistas y socialistas, extremistas que recurren a la ilegalidad y a la violencia.

Es justo señalar que, *contrario sensu* a nuestras definiciones, para Tocqueville la polarización tiene una distribución dualista (la mayoría de la sociedad francesa vs. los socialistas) mientras que la radicalización da lugar a una distribución que opone a socialistas y bonapartistas en los extremos, y a los moderados en el centro. Las diferencias de grado entre una y otra expresan también diferencias de sustancia.

NOTAS

- 1 La religión, la ideología, la región, el régimen político, la posición o clase social son características que pueden separar a los individuos, es decir, son fuentes de clivajes.
- 2 La intuición de Hartz y su lógica corresponden al argumento del sinistrismo, si bien aquí la izquierda del clivaje entre whigs y liberales franceses oscila entre el centro y la derecha.
- 3 La ausencia de una aristocracia y/o tradición feudal en los Estados Unidos es un *leit-motiv* del contraste con Europa. Tocqueville resalta que a pesar de sus semejanzas aparentes, los propietarios esclavistas del sur no constituyen una aristocracia como ésta se entiende en Europa, en razón de que los propietarios esclavistas “no poseían privilegios, y que el cultivo por los esclavos los despojaba de arrendatarios, y por tanto de patronazgo” (DA, I:46).
- 4 En sus notas del viaje a los Estados Unidos Tocqueville registra que “en América, los hábitos han creado las instituciones políticas libres, en Francia las instituciones políticas libres habrán de crear los hábitos” (Pierson, 1996:414).
- 5 Ya en sus primeros escritos bajo el Directorio, Constant (1989) distingue entre los principios de 1879 y los excesos de la Revolución, negando que el Terror haya salvado a la República de la reacción.
- 6 En 1816 Chateaubriand afirma que “es necesario conservar la obra política, resultado de la revolución (...) pero extirpar la revolución de su propia obra, en lugar de encerrarla en ella, como se ha hecho hasta nuestros días” (Chateaubriand, 1993:447).
- 7 Éste es el título del segundo capítulo escrito por Tocqueville para la obra sobre la Revolución que tenía en preparación y que no llegó a concluir por sorprenderlo la muerte.
- 8 Dos meses después del golpe de Estado, en una carta a su hermano Edouard y quien para su espanto había adherido a Napoleón III, Tocqueville desestima su argumento de que en realidad no se trataría de una adhesión a la persona de Napoleón, sino de reafirmar estos tres pilares del orden constituido (Carta a su hermano Édouard, 14 de febrero de 1852, en *Lettres choisies*, 1023).
- 9 Carta a Paul Clamorgam, 24 de junio de 1848, en *Lettres choisies*, 631.

- 10 Morlino (1998) argumenta que la polarización italiana luego de 1946 creó las condiciones para la consolidación del régimen democrático luego de la caída del muro. El cambio de régimen en Italia en 1990 debe entenderse en forma contra-intuitiva: no se trató de una crisis sino de una consolidación.
- 11 Citado por Émile Faguet en su libro sobre Tocqueville (1970:99). Mi traducción.
- 12 El proceso se describe en los capítulos del 2 al 6 del segundo libro de *DA*.
- 13 El gobierno feudal y sus “molestias” son descriptas en el primer capítulo del libro segundo.
- 14 El gobierno provincial libre está descrito en el Apéndice del *Antiguo Régimen*.
- 15 Tocqueville ofrece una explicación puntual del fenómeno de la separación de clases a partir de la creación de un impuesto particular el llamado derecho de *franc fief* que se aplicaba exclusivamente a los burgueses que poseían propiedades nobles, y separaba de este modo a los burgueses de los gentilhombres. Mientras todo lo contrario sucedía en Inglaterra, donde desde el siglo XVII se había abolido la distinción entre la propiedad feudal y la burguesa (*AR I*, 163).
- 16 Lamberti pone énfasis en señalar que para Tocqueville el individualismo no comenzó con la Revolución Francesa, como lo afirman las interpretaciones más convencionales, sino que es una enfermedad del Antiguo Régimen.
- 17 Tocqueville denomina el arte de asociarse lo que hoy denominamos acción colectiva. Para nuestro autor el individualismo es lo opuesto al arte de asociarse. La metáfora del *free-rider*, como aquel que saca provecho del esfuerzo ajeno, captura y define en buena medida este modo individualista. Siguiendo con la analogía, es fácil ver que el individualismo es en parte el sinónimo de lo que hoy denominamos problemas de acción colectiva.
- 18 El argumento se reitera en el vol. 2 de *L'Ancien Régime*, pág. 108, que recoge los fragmentos y notas inéditas sobre la Revolución.
- 19 En la nota b) vuelve a enfatizar el mismo punto: “No hay gobierno que no perezca en el medio de la lucha de clases violenta, una vez que no ha podido impedir que esta comience”. El recuerdo de 1848 es imborrable, que si bien como dijimos no aparece en su aparato conceptual, permanece en su memoria, como parece sugerirlo Herr (1962:74-76).
- 20 Carta a Kergolay, 15 de diciembre de 1850, en OC XIII, Vol. 2, pp. 229-33.
- 21 Según Wolin la construcción de Tocqueville es similar a la de Tucídides, “que combinaba la evidencia histórica con elementos míticos, en un esfuerzo guiado por objetivos políticos y conformado por designios teóricos. Las similitudes entre el historiador con inclinaciones teóricas de la guerra del Peloponeso y el teórico con inclinaciones históricas del Antiguo Régimen, son tan patentes que parecen indicar la presencia de un intento de imitación deliberado. Lo que conecta a ambos es una fascinación compartida por lo extraordinario” (Wolin, 2001:509). Para Wolin, esta similitud se manifiesta en forma asombrosa en los últimos párrafos del Antiguo Régimen. Allí traza un cuadro de los atributos opuestos que caracterizan el carácter nacional francés del mismo modo que Tucídides lo hace con las virtudes opuestas de los atenienses y espartanos, en el discurso de los corintios en la asamblea de Esparta. Lo que en Tucídides son las virtudes opuestas de las dos naciones griegas, se combinan ahora en una sola nación, la francesa (Wolin, 2001:509). Es plausible, como dice Wolin, que Tocqueville continuase los pasos de Tucídides, quien

a su vez seguía a Protágoras, introductor de las antilogías, la comparación simultánea de argumentos en discursos antitéticos, que aparece regularmente en los discursos de los contendores y hombres de Estado en la Historia de la Guerra del Peloponeso. Como lo señala Jacqueline de Romilly (1956:180ss), la antilogía tiene en Protágoras dos intenciones. La primera es que sobre toda cuestión siempre hay dos discursos o argumentaciones contrarias. La segunda es debilitar uno de los discursos por medio del otro, que lo refuta o lo compensa. Pero tampoco es de descartar que Tocqueville siguiese la idea de Pascal de que la aplicación pura de un principio genera la emergencia de su contrario, noción que aparece un par de veces señalado en el vol. II de *L'Ancien Regime et la Revolution*.

- 22 Faguet lo había formulado en su momento: “La verdad es que ya antes de 1789 había en Francia una suerte de Napoleón que había encontrado en su camino, sin ser obstaculizado por ellos, derechos señoriales en áreas no muy extensas, y libertades provinciales sin mucho poder” (1970:92).

BIBLIOGRAFÍA

- Aron, Raymond, 1967, *Les étapes de la pensée sociologique*, Paris: Gallimard.
- Bialer, S. y Sluzar, S. (eds.), 1977, *Sources of Contemporary Radicalism*, Boulder, Colorado: Westview Press.
- Chateaubriand, François René, 1993 (1816), *De la Monarchie selon la Charte*, Imprimerie Nationale.
- Constant, Benjamin, 1989, *De la Force du Gouvernement actuel de la France et de la nécessité des y rallier, Des Reactions Politiques, Des effets de la Terreur*, Paris: Flammarion.
- Duverger Maurice, 1976, *Les Parties Politiques*, Paris: Armand Colin.
- Faguet, Émile, 1970, *Politicians and Moralists of the Nineteenth Century*, New York: Freeport.
- Furet, François y Ozouf, Mona, 1988, *Dictionnaire Critique de la Révolution Française*, Paris: Flammarion.
- Furet, François y Ozouf, Mona (comp.), 1989, *The Transformation of Political Culture*, Vol. 3 de *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, New York: Pergamon Press.
- Furet, François, 1978, *Penser la Révolution française*, Paris: Gallimard.
- Hartz, Louis (ed.), 1964, *The Founding of New Societies: Studies in the History of the United States, Latin America, South Africa, Canada, and Australia*, Harcourt, Brace & World.

- Hartz, Louis, 1991 (1955), *The Liberal Tradition in America: An Interpretation of American Political Thought since the Revolution*, New York and London: Harcourt Brace (En español: *La tradición liberal en los Estados Unidos*, México: F.C.E., 1994).
- Herr, Richard, 1962, *Tocqueville and the Old Regime*, Princeton: Princeton University Press.
- Lamberti, J.C., 1983, *Tocqueville et les deux démocraties*, Paris: P.U.F.
- Lenski, G., 1954, "Status crystallisation: a non-vertical dimension of social status", en *American Sociological Review*, Vol.19, pp. 405-414.
- Lipset, Seymour M., 1977, "Why no socialism in the United States?", en Bialer y Sluzar (eds.), op. cit.
- Melonio, Françoise, "Tocqueville aux origines de la démocratie française", en Furet y Ozouf, 1989.
- Morlino, L., 1998, *Democracy between Consolidation and Crisis: Parties, Groups and Citizens in Southern Europe*, Oxford: Oxford University Press.
- Pierson, G.W., 1996, *Tocqueville and Beaumont in America*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Romilly, Jacqueline de, 1956, *Histoire et raison chez Thucydide*, Paris: Les Belles Lettres.
- Sartori, Giovanni, 1988, *Teoría de la democracia*, Tomo 1, Madrid: Alianza Editorial.
- Tocqueville, Alexis de, 1961 (1835/40), *De la Démocratie en Amérique*, en *Ouvres Complètes*, Tome 1, vol. 1-2, Paris: Gallimard.
- Tocqueville, Alexis de, 1970, *Correspondance D'Alexis de Tocqueville avec P.P -Royer-Collard et avec J.J Ampère et*, en *OC*, Tome XI, Paris: Gallimard.
- Tocqueville., Alexis de, 1977, *Correspondance d'Alexis de Tocqueville et Louis de Kergolay*, en *OC*, Tome XII, Paris : Gallimard.
- Tocqueville, Alexis de, 1981, *L'Ancien Régime et la Révolution*, en *OC*, Tome II, vol. 1-2, Paris: Gallimard.
- Tocqueville, Alexis de, 1985, *Écrits et discours politiques sous la monarchie de Juillet*, en *OC*, Tome III, Vol. 2, Paris: Gallimard.
- Tocqueville, Alexis de, 2003, *Lettres choisies. Souvenirs*, Françoise Melonio y Laurence Guellec (eds.), Paris: Gallimard.
- Wolin, Sheldon, 2001, *Tocqueville between two worlds*, Princeton: Princeton University Press.